

SUPLEMENTO DE ESTILO Y
DECORACION DE PAGINA/12.
SABADO 19 DE ENERO DE 2008.
AÑO 9. Nº 465

madera

las creaciones de la escultora brasileña Heloísa Crocco, un diseño en profundidad



POR LUJAN CAMBARIERE

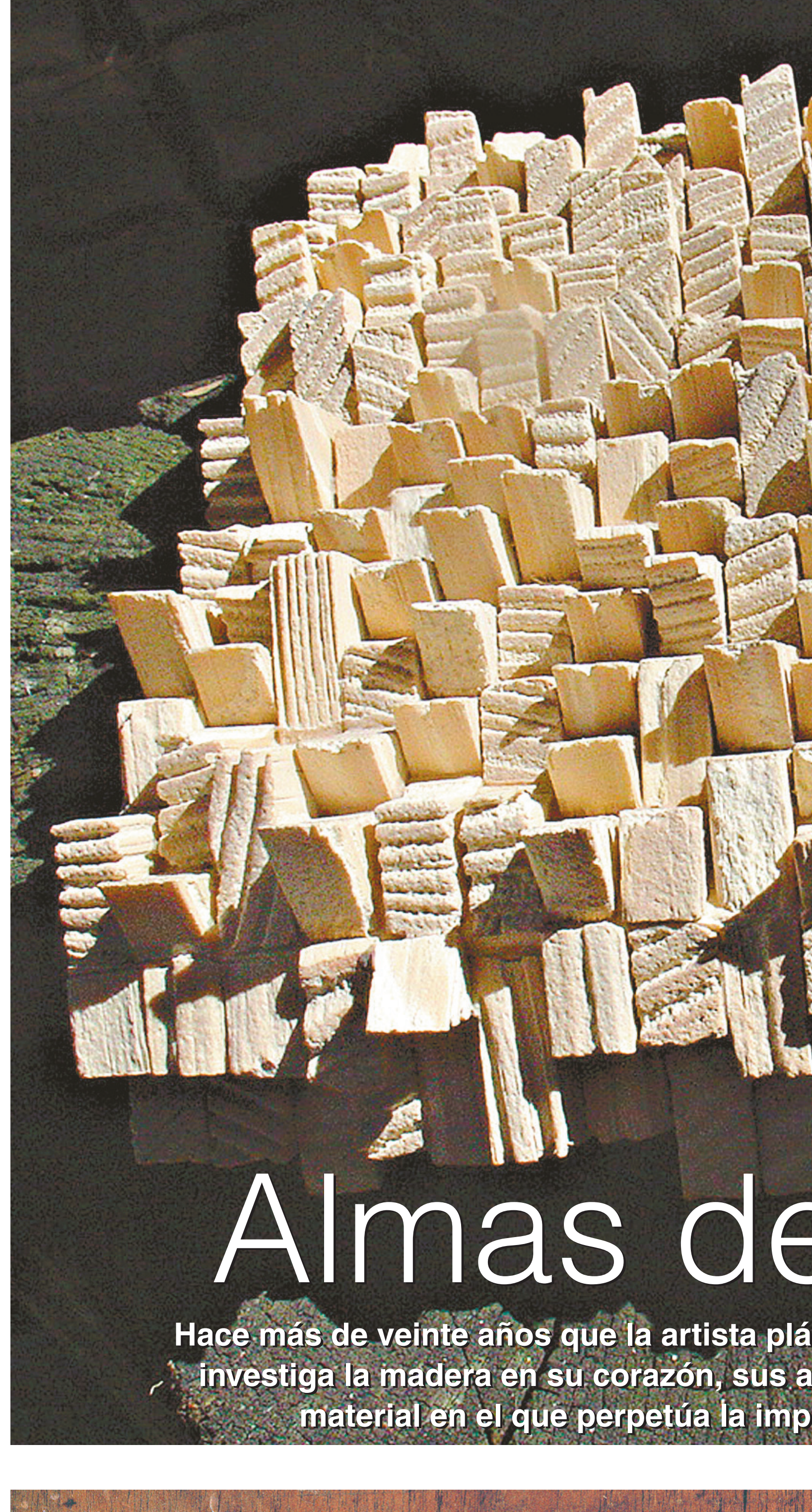
Su atelier-showroom-taller en Porto Alegre, un bellísimo cubo de madera con el río Guaíba delante y el bosque detrás, es sin dudas quien mejor la representa. La metáfora perfecta de su trabajo. Y punto de encuentro de infinidad de colegas y admiradores de quien es considerada uno de los nombres más reconocidos de la escena cultural brasileña por la consistencia y coherencia de su trabajo.

Como sucede con otros de sus compatriotas, la calidez puede más que la fama, y a pocos instantes de comenzada la charla con esta referente tantas veces citada en estas páginas, emerge el torbellino creativo y la enorme sensibilidad que la revela por completo. Generosa desanda como tantas veces, esta vez para nosotros, su historia. Graduada en diseño en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul (1970) y con exposiciones en varios sitios del planeta, la gaúcha Heloísa Crocco solía definirse como artista plástica (y sin dudas lo seguiría haciendo así, si no hubiera tanto defensor a ultranza de compartimentos estancos) aunque ahora se presenta como diseñadora. Un viaje a principios de los '80 a la floresta amazónica cambió su vida por completo. En un mismo golpe, un doble impacto. La motosierra que desangraba la selva puso frente a ella, del modo más doloroso, la tierra en carne viva. Y así pudo ver el corazón de la floresta: los árboles y sus venas. La sangre latiendo en ella. Se enamoró a primera vista de su majestuosidad y de esas líneas que dan cuenta de los años, exposición al sol, luces y sombras. En síntesis, vida y obra de estas especies. Y en ese instante selló su compromiso con esos anillos. *Topomorfose* llama a la línea de investigación, un diálogo continuo y fructífero, a través del que acerca la naturaleza al arte y al diseño de objetos cotidianos. Proyecto fundado sobre los dibujos originales de la madera, orientado tanto para la exploración del potencial plástico del material así como para la posibilidad de su aprovechamiento y la ampliación de la conciencia ecológica. Piezas que expone en distintas muestras o que imprime en infinidad de soportes –papel, textiles, cerámica, cartón– que devienen en objetos que vende a grandes tiendas como Toc&Stock, uno de sus primeros y constantes compañeros de ruta en esta apuesta por un diseño sustentable. Infinitas texturas y posibilidades cromáticas que nacen "cuando la naturaleza sale de sí misma y resuelve transformarse en arte", sentencia.

Huellas vegetales

"Todo está escrito en los árboles. En los anillos que dispara en silencio la savia, en ese dibujo que se expande en forma radial por el tronco como las ondas de agua en un estanque vulnerado. Ahora sabemos que tras la corteza, en el corazón mismo de la madera, se esconde el violento bullir del mundo: los deslizamientos y cambios de pendiente de la tierra, la caída de rocas, las variaciones en el curso de un río, las crecidas y erosiones en sus márgenes, las inundaciones periódicas. Hasta podemos ver, por el depósito de sedimentos arenosos, cómo actúa el viento y en qué año las dunas se movieron, y también cuándo cambió de frente un glaciar, si se retrajo o si se adelantó, si hubo avalanchas de barro o de nieve, si los volcanes estallaron dejando las cenizas impregnadas en la piel lúcida de los árboles. El desarrollo de la humanidad depende de sus raíces vegetales y de las huellas y cicatrices que con estos silenciosos seres comparte", escribe Pablo Thiago Rocca en el catálogo de la más reciente muestra de Crocco en Montevideo, Uruguay. Para concluir que Heloísa ha pasado muchos "anillos" de su vida estudiando cómo aplicar el diseño de los árboles al diseño de los hombres.

"Cuando los hombres cortan un

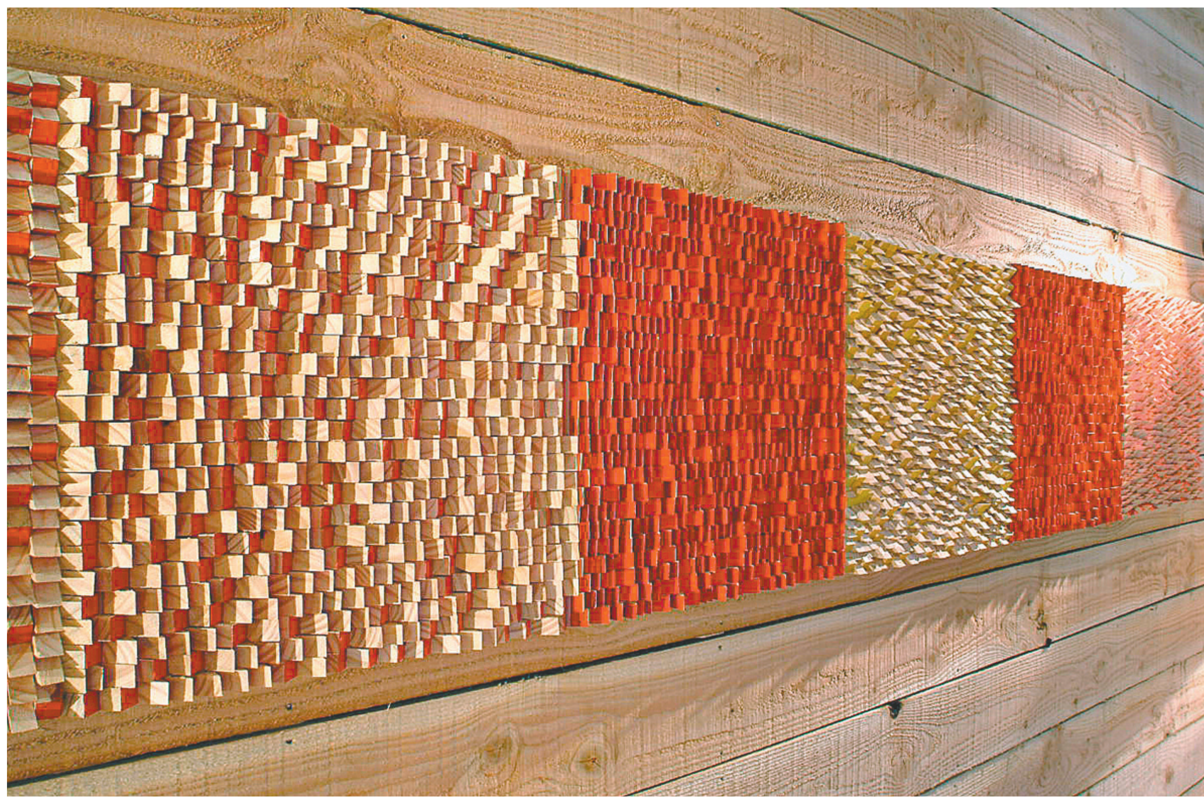


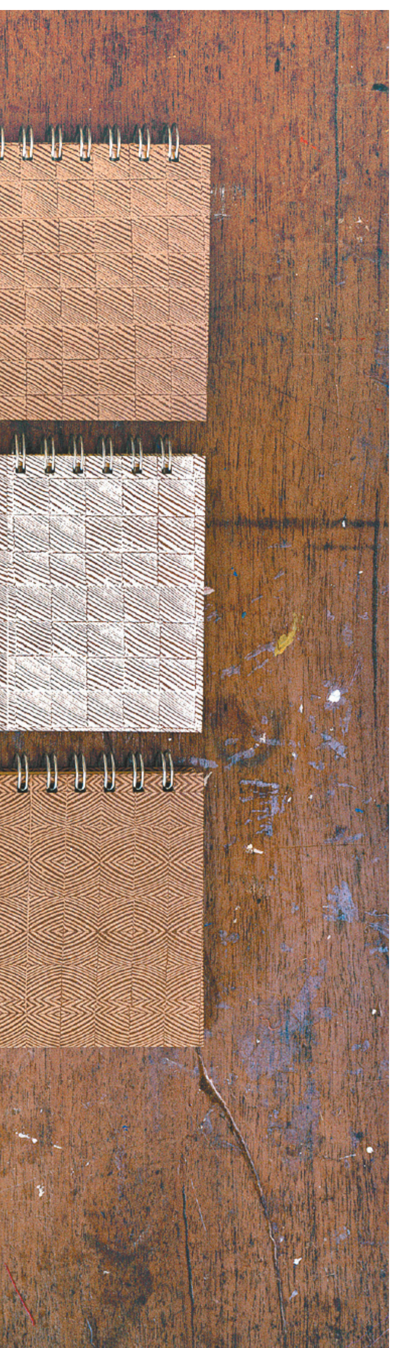




e madera

stica y diseñadora gaúcha Heloísa Crocco nillos y venas. Con ellos sella un mundo ronta y sabiduría de la naturaleza.





árbol, éste cae y derrumba en ese mismo acto a muchísimos otros, produciendo una devastación enorme. Ahí van quedando, muertos, los desechos. Mirando las vetas, las líneas de crecimiento, quedé maravillada. Cómo cambian de invierno a verano. Según los años o dónde estén ubicados. Si están al sol o a la sombra. En un valle o en una pendiente", cuenta emocionada ella, quien a través de cortes transversales fue investigando y descubriendo los distintos dibujos, grafismos naturales de la madera. A través de ellos, desarrolla series de padrones que transforma en sellos para aplicar a distintas superficies y así dar vida a un sinfín de objetos –bols de cerámica o porcelana, alfombras, juegos de sábanas, individuales, biombos, cuadernos, manteles– . Siempre jugando con las texturas y el diseño de las vetas. En una producción, por otra parte, que crea conciencia y oficia en sí misma de la más sutil y bella denuncia sobre la destrucción de la naturaleza. De algún modo, por esto, el proyecto *Topomorfose* recibió infinidad de reconocimientos como el primer lugar en la categoría revestimientos del *8º Premio Design Museu da Casa Brasileira* y fue tema de una exposición individual en Osaka, Japón.

"Al principio había traído muchas cosas para trabajar –semillas, cáscaras–, continúa Crocco. "Pero después nada me interesó, sólo esas venas de la madera. Y empecé a trabajar con esos años de vida del árbol que de algún modo se emparientan con nuestras impresiones dactilares, nuestras huellas. Esas diferencias mínimas, casi irreconocibles, pero que nos hacen únicos", señala. Es que al mirar, con detenimiento y en profundidad, el tronco, percibió que daba para explorar los anillos con diferentes tipos de cortes de madera. Además de diferentes composiciones de los pedazos cortados. Y constató que pasándole con un soplete un chorro de arena sobre la parte blanda (esa que se forma en el verano) creaba un contraste con la parte más dura (la que se forma en el invierno, cuando la naturaleza duerme). En dos años de investigaciones visuales, amplió las posibilidades de combinaciones y seleccionó más de 200 patrones de árboles nativos de la mata brasileña. Los grafismos resultantes de las diferentes combinaciones remiten sorprendentemente al arte indígena y popular y a los principios del Constructivismo, según ella. En todas las aplicaciones, usa los colores de la tierra –beiges, rojizos, marrones–. La mejor manera de dar forma al corazón de la madera.

Pero eso no es todo. Como toda cuestión abordada con obsesión y pasión (dos cualidades que Heloísa derrocha), cada año el proyecto gana en nuevas aplicaciones. En los últimos años y a raíz de otro desecho, también de madera. Pequeños recortes de pino (elliotis y taeda) que rescata de la empresa de un amigo en Rio Grande do Sul, que realiza cercas para exportar a los Estados Unidos, Crocco arma frisos. Rescatando los triángulos que antes iban a la quema y que cortan de los bordes de las puertas, diseña paneles de mosaicos de madera que se pueden armar y desarmar en forma de módulos, variando el sentido de las puntiagudas "teselas" e interviniendo de nuevas maneras el espacio. El resultado es un paseo visual y sensible por el que parece ser una impresión digital de la naturaleza.

Las pequeñas vetas de los trozos de madera han sido también resaltadas con la erosión de granos de arena (sistema de presión por aire) haciendo más visibles las diferentes texturas. También a algunas las pinta y a otras las combina con retazos de telas de colores como los de la colección que apodó *Brasileirinha*. Vale decir que Crocco empezó con textiles (trabajó en tapicería con Elizabeth Rosefeld, además de haber realizado cursos con Tom Hudson de la Cardiff's College of Art of London e hizo colecciones para Manos del Uruguay y trabajos para Artesanías de Colombia). De ahí también su familiaridad y vasta experiencia con la artesanía, que la llevaron a fundar hace unos años junto a otro artista plástico y compañero ideal de ruta, el entrañable José Alberto Nemer, el Laboratorio Piracema. Programa pionero y referente de artesanato y diseño en pos de rescatar ese saber y generar una fuente de trabajo para comunidades vulnerables de todo Brasil. Justamente a Nemer le regaló hace unos años, cuando mágicamente cayó en sus manos, las enseñanzas de la filosofía japonesa del *Wabi Sabi*. Concepto fundado en la belleza de lo imperfecto, lo impermanente y lo incompleto. Una estética, surgida alrededor de la vieja ceremonia del té, que valora los objetos que envejecen con el uso, los que están hechos de materiales orgánicos, los que respetan la simpleza o abstracción propias de la naturaleza. Cuestiones esenciales que ella venía encarnando hace tiempo, marcando su vida y su particular propuesta y visión del diseño. Emociones y sueños. *Wabi Sabi* es Heloísa y su romance con la madera donde, al revés de lo que pudiera pensarse, la naturaleza la utiliza a ella como medio para enseñarnos nuevos caminos hacia la tan ansiada armonía. "Hoy apelo a un estilo de vida simple. Despojado, sin pretensiones ni convenciones. Eso de vivir con casi nada. Con dos o tres ropas. Teniendo a los pájaros como vecinos. En libertad y comunión con la naturaleza", remata.

Patrimonio con curadores

Una experiencia norteamericana, hasta ahora rural, comienza a asomar en las ciudades: vivienda gratis en edificios patrimoniales, a cambio de restaurarlos y mantenerlos.

POR SERGIO KIERNAN

Hace unos treinta años, la bella y decadente ciudad de Baltimore entró en crisis terminal. La década del setenta en EE.UU. fue la de la aceleración de la huida a los suburbios, la estampida de la clase media fuera de los centros urbanos tradicionales. Hasta Nueva York, que parece que se bancara todas, se vio afectada, y hubo ciudades como Detroit que nunca se recuperaron. La costa Este norteamericana, y en particular su sector norte, está llena de ex urbes, ciudades donde se adivina el pasado esplendor bajo la mugre que cubre edificios espléndidos en lugares como Newark.

Baltimore iba por el mismo camino. La ciudad natal de Poe es un puerto tradicional y cabecera de la inmensa bahía de Chesapeake, un laberinto de islas e ínsulas que se doblan creando un gran refugio de las furias del Atlántico. Curiosamente francesa –es la única en el país con cúpulas y mansardas de pizarra gris, y con frentes de piedra París en los edificios centrales– Baltimore se había encerrado detrás de un puerto industrial horrendo y sucio. Cortada del agua, la ciudad se había estirado tierra adentro y el centro había quedado entre una autopista y un bajo abiertamente peligroso. Todo el que podía, rajaba del crimen en aumento y de la decadencia urbana.

Baltimore se salvó con una política tan acertiva que todavía asombra. Primero, expulsó el puerto de su costa y sólo dejó un parque de containers en un barrio básicamente industrial y de servicios, con poca población. El resto fue darle permisos a un consorcio privado para edificar uno nuevo cerca pero no en el ejido urbano. Demolido el puerto, se construyó una amplia costanera con una marina deportiva, un amarradero para la bella fragata-museo USS Constitution, y un conjunto de edificios tontos pero limpios para shopping, tiendas y oficinas. Como en Puerto Madero, se demolieron las barreras físicas que separaban el puerto de la ciudad en sí, levantando hasta las vías, se iluminó todo y se limpió.

El efecto fue electrizante e inmediato, con un renacimiento rapidísimo de la ciudad. El paso complementario fue francamente no convencional: resulta que el puerto terminaba en una suerte de península redonda con el "Barrio Viejo", algunas hectáreas de casas todavía básicamente del siglo 19, con algo del 18 y poco del 20. Una belleza destruida, porque hacía muchos años que el barrio era un ghetto pesadísimo, mercado de todas las heroínas y zona de guerra al caer la noche. Lo que hizo la ciudad fue buscar vivienda para todos los que malvivían ahí, dispersándolos y retomando todas las casas, barracas y edificios. De inmediato se empezó a mejorar la infraestructura y a reasfaltar el lugar. Y de inmediato se regalaron las casas: quien quisiera una sólo tenía que pagar *un dólar* y firmar un contrato donde se comprometía a restaurar a la perfección la casa recibida, preservando y reconstruyendo sus detalles originales al menos en el exterior.

Las casas terminaron costando bastante más de un dólar, pero el negocio cerró para todas las partes. Baltimore no sólo sobrevivió sino que para 1980 era una ciudad floreciente. Cientos de familias terminaron viviendo frente al mar en casas históricas perfectamente restauradas e instantáneamente transformadas en una atracción cultural de primer orden. Y los viejos habitantes del barrio marginal se mudaron a viviendas mejores y quedaron integrados en programas sociales.



Esto de regalar casas a cambio de restaurarlas fue muy llamativo en su momento pero hizo escuela. En Estados Unidos van tomando fuerza los Programas de Curaduría por los cuales familias o individuos reciben vivienda gratis –no en propiedad sino en "alquileres" de muy largo plazo– a cambio de mantener y sostener edificios históricos. Son sobre todo edificios rurales o en pueblos pequeños, comprados o recibidos por los estados para integrar esas tierras a parques provinciales, que siguen en pie por su valor patrimonial. El problema, como en todas partes, es mantener estos conjuntos por definición frágiles. La solución es nombrar curadores, personas que pueden vivir en estas casas sin pagar alquiler a cambio de hacerse cargo de los gastos de mantenimiento y de aceptar regulares inspecciones y detallados contratos sobre qué se puede y qué no se puede hacer con el edificio.

El sistema promedio pide que el "inquilino" presente una propuesta de renovación de la propiedad, en el entendimiento de que los exteriores no pueden alterarse, sólo restaurarse, y que está prohibido cambiar elementos destacados de los interiores. Tampoco se pueden hacer cambios drásticos como entrepisos y es raro que se autorice a voltear paredes para crear el bendito loft, tan de moda. La propuesta debe incluir un presupuesto para la obra de restauración e implica aceptar un contrato largo –en algunos estados, de 25 años, en otros de por vida– que garantiza vivienda gratuita, con por lo menos una inspección técnica al año y la obligación de mantener la propiedad en buen estado luego de la restauración.

Aunque todavía son pocas las propiedades en el programa, ya hay competencia para conseguir las que van entrando a este peculiar mercado. Es que por el costo de una restauración y puesta en valor, muy modesta frente al costo de comprar una vivienda, se consigue una garantía a largo plazo de cero alquiler. Como demostraron largamente los programas más viejos –el primero nació justamente en Baltimore, en 1982– el costo de mantener una casa de época no es particularmente superior al de cualquier otro tipo de vivienda. Ahorrarse la hipoteca o el alquiler hace toda la diferencia.

Los programas de curaduría están empezando a ser considerados para propiedades urbanas. En general, en Estados Unidos los edificios que por cualquier razón terminan en manos del Estado –por muerte sin herederos, por impuestos atrasados– son vendidos rápidamente. Pero algunas ciudades están comenzando a guardarse algunos por su valor histórico o patrimonial y tienen que encontrarles usos. Como hasta la ciudad más grande puede sostener un número limitado de museos, algunos de estos edificios terminan de oficinas o depósitos, con el consiguiente maltrato, pero muchos no tienen el tamaño o responden a los reglamentos de seguridad modernos. Por eso suelen quedar ahí, juntando polvo y generando gastos. La curaduría urbana es una solución posible.

¿Adivinen qué ciudad latinoamericana tiene cientos de inmuebles de todo tipo, muchos patrimoniales, sin uso?

Algunas propiedades en el sistema de curaduría pueden verse en las páginas www.destateparks.com/curator; www.dnrstate.md.us/publiclands/curatorship.html *y* mass.gov/dcr/stewardship/curator.

El patrimonio en el Interior

Nuestro editor vocacional, Jorge Cohen, encargado de revisar la prensa del Interior, nos envía un noticiero de temas patrimoniales que demuestra que la inquietud por frenar la destrucción general de todo lo histórico no es ni por mucho cosa de porteños. Un ejemplo refinadísimo se vio recientemente en Ensenada, donde se remodeló la plazoleta Ortiz de Rosas, una de esas obras de mantenimiento regulares que terminan siendo una reconstrucción total de las que aman los funcionarios. Resulta que la constructora se pasó de rosca y retiró el cordón de la vereda, unos doscientos metros de granito gris que estaba allí desde siempre. El reemplazo fue uno de esos cementos que quedan lindos para la inauguración y luego se manchan para siempre jamás. ¿Por qué cambiaron este cordón? Para facturar uno nuevo, por supuesto, porque no había ninguna razón material.

Así lo entendieron los vecinos de la ONG Nuevo Ambiente, que le cayeron encima a la municipalidad local preguntando dónde estaban las viejas piedras y por qué se habían retirado. El gobierno contestó que las piedras se guardaron en el Fuerte Barragán, donde se guarda todo elemento histórico, pero callaron sobre las razones de reemplazar el cordón. Los vecinos protestaron que el gobierno actúa irresponsablemente retirando elementos históricos, le recordaron a las autoridades que ya habían asfaltado 800 metros de calles adoquinadas en perfecto estado y diagnosticaron que existe "la intención de ejecutar trabajos sin contemplar situaciones que tienen que ver con resguardar el patrimonio". Amén, y felicitaciones por llegar a tanto detalle.

Mientras, en Mar del Plata, el Concejo Deliberante está pensando si da un paso realmente novedoso en materia de preservación. Sucede que un grupo justicialista pidió que se declare de interés municipal y se ayude a conservar una pintada realizada en 1952 en un galpón de chapa del ferrocarril Roca. La pintada dice "Perseveremos en la realización del 2º Plan Quinquenal, es un orgullo y un deber de todo argentino". Más allá del tono stalinista del texto, es realmente valiosa la idea de comenzar a preservar estas cosas. Un dato para imitar: en los galpones del ferrocarril en Liniers, justo del lado provincia, hay una similar; y en la esquina de Perón 3600, justo frente a la plaza, hay una ferretería donde perdura mal tapada una del PRT.

En Mendoza, la Dirección Provincial de Patrimonio inauguró una sede nueva en el viejo hospital San Martín, un chiche neoclásico de 1907. La mudanza fue más que cuestión de edificios para la Dirección, que hasta ahora era más administrativa que otra cosa pero ahora tiene una sala de exposiciones, un centro de documentación musical y una residencia para investigadores. Esto es, la ciudad gana un edificio restaurado de primer orden, la colección musical Bousquet tiene sede y la repartición gana una nueva energía.

Mientras tanto, en Bahía Blanca, se trabaja en un proyecto que regule y ordene el patrimonio edificado de la ciudad. Presentado por la concejal Griselda Domínguez, el proyecto busca la "conservación, difusión, fomento y acrecentamiento" del patrimonio cultural. Sucede que Bahía Blanca tiene un sistema a la antigua o como el nacional, donde la única manera de preservar un edificio es comprarlo por expropiación y darle algún destino. Esto por supuesto sirve apenas para unas pocas piezas muy notables, por falta de fondos y porque una ciudad puede sostener un número muy finito de museos, centros culturales o sedes administrativas. El proyecto busca crear un registro de bienes culturales que permita una regulación especial sobre las intervenciones en ellos. Bahía Blanca está dando los primeros pasos en este sentido, pero ya hubo casos interesantes donde, cuando no, fueron los vecinos los que llevaron adelante proyectos y los funcionarios tuvieron el tino de escuchar. Por ejemplo, así se salvó una arboleda preciosa que se iba a talar para ensanchar la avenida Alem. Los vecinos protestaron y exigieron una alternativa, que fue encontrada y salvó a los eucaliptos.

Y hablando de salvar, en esa ciudad tan ventosa buscan quien salve el campanario de la catedral, que fue efectivamente clausurado al cumplir cien años. El párroco local, Horacio Fuhr, prohibió que tañeran las campanas luego de que un grupo de ingenieros revisara la torre del templo y le mostrara las fisuras existentes. Así quedó en suspenso el programado Concierto del Centenario, que iba a marcar en diciembre de 2008 los 100 años del primer concierto de campanas que se dio en la catedral y que fue, según una crónica de la época, "el ruido más fuerte jamás sentido en esta ciudad".